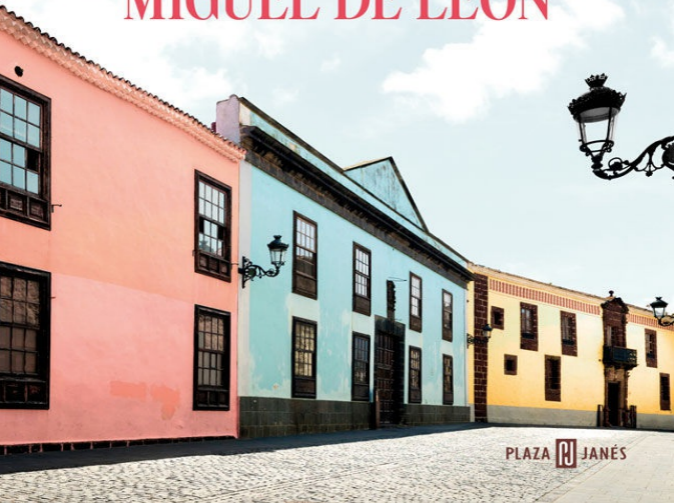


UN LUGAR SOBRE EL ARCOIRIS MIGUEL DE LEÓN



MIGUEL DE LEÓN

UN LUGAR SOBRE EL ARCOIRIS

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Había aguardado el momento de echar mano a una buena y bien ganada pensión de retiro, para regresar a La Laguna, la ciudad donde nació y en la que deseaba esperar al último de sus días. Viste buena ropa, calza zapatos de piel de ante, es respetuoso dentro de su trato distante y, de vuelta de todo a sus sesenta y pocos años, está investido de la dignidad de los que han sobrevivido a todas sus batallas. Desde su regreso, pasea a diario por los jardines del campus universitario de Guajara, camina con paso tranquilo o se sienta en cualquier rincón alejado, hasta que el sol expira, siempre solitario, siempre ausente y extraviado en sus recuerdos. Aunque en ocasiones utilice el tranvía,

lo común es que baje caminando desde el centro de La Laguna para hacer el recorrido, que suele terminar sentado durante un rato muy largo en la escalinata de la entrada principal de la facultad de Económicas. Revive, sin tregua, un breve acontecimiento que se resolvió en una sola tarde, pero que fue de tanta trascendencia e intensidad que bastó para que él haya pensado siempre que su existencia ha tenido sentido, el recuerdo de las horas más hermosas, las que compartió con la primera y, al fin también, única mujer de su vida.

Pertenecían a mundos tan alejados que no existía otra manera de que pudieran encontrarse que no fuera la celada que les tendió el destino, cuarenta y tantos años antes, en la tarde de aquel Primero de Mayo, de tiempo incierto y neblinas indecisas. Algo pasadas las tres, un boyero que

subía por una calle de asfaltado maltrecho torció en la esquina del seminario viejo y condujo la yunta por la calle de Santo Domingo, provocando la inevitable retención del tráfico. No hubo quebranto, no tanto porque en día festivo y a esa hora el tráfico fuera muy fluido, sino porque era todavía una época de convivencia fácil, de más respeto que prisas, y nadie alzó la voz, no se oyó una bocina, ni hubo quien tuviese la impertinencia de mostrar fastidio mientras los animales superaban la pendiente de la calle, con el tranco breve y la parsimonia de sus pasos.

Más abajo, un lujoso Mercedes de color oscuro traqueteó dos veces y se detuvo, lo que dio ocasión a una joven que viajaba en el asiento trasero a contemplar una escena que la cautivó. Un muchacho hacía cola para comprar la entrada en la

taquilla de un cine de barrio. Llevaba el pelo un tanto crecido aunque sin la melena, en aquellos años de moda entre los hombres, iba bien afeitado y vestía un vaquero y un anorak muy gastados. Llegaron junto a él dos menores, una chica y un chico de doce o trece años, y tras mediar unas palabras, les entregó un billete y algunas monedas. Ellos se fueron muy contentos y él continuó haciendo la cola hasta que se perdieron calle abajo. Entonces abandonó la fila, metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar. Era fácil entender que prescindió de la película para dar el dinero a los niños, con seguridad sus hermanos pequeños.

El coche consiguió arrancar y pudo recorrer unos cientos de metros antes de traquetear de nuevo y volver a calarse. Ella, atenta a los

transeúntes de la acera, encontró al muchacho en otro acto de generosidad. Una anciana arrastraba un saco demasiado pesado y, al llegar a su lado, él intercambió unas palabras con ella, se echó el saco sobre un hombro y le tendió el otro brazo para ayudarla a caminar.

Se colapsaba el tráfico. La señora a la que ayudó puso tanto ímpetu en el abrazo de agradecimiento al despedirlo, que él tuvo que detenerse para acomodarse la ropa antes de continuar el camino. Rehacía el nudo de un cordón del zapato cuando el lujoso Mercedes de los problemas eléctricos apareció entre la niebla, ahora densa, y se detuvo a su lado. Alzó la mirada y descubrió en la ventanilla trasera, detenidas en él, las dos centellas verdes que iluminaban el rostro de la joven, que le pagaba con la ternura de

su sonrisa la buena obra de aquella tarde. Tenían más o menos la misma edad, la falta de un trecho para la veintena. Él le devolvió la sonrisa y ella hizo la suya más cómplice. Llevaba el antebrazo apoyado en la ventanilla y de la punta de sus dedos cayó una cadenita, que él se apresuró a devolverle. Era un pendiente, cuatro eslabones de oro con el arete en un extremo y una piedra azul en el otro. En los asientos delanteros, los acompañantes del vehículo, enfrascados en la conversación, no percibieron lo que sucedía. Cuando la joven cogió el pendiente no pudo contener el impulso de una súbita inspiración y retuvo la mano de él para devolvérselo.

—Espérame aquí —dijo en un susurro apenas audible y haciéndole señas—. A las cuatro —precisó.

A él le costó responder, pero reaccionó imitando sus maneras, y con susurros y gestos le confirmó que sí, que la esperaría, más arriba, en la plaza, durante todo el tiempo que hiciera falta, aquella tarde y cuantas tardes le quedara la más ínfima esperanza de que acudiera. Caminó adelantándose a la fila de coches, confuso, con el corazón alborozado, y al llegar a una esquina descubrió la circunstancia luctuosa que había provocado la obstrucción definitiva del tráfico. En la confluencia de la calle Santo Domingo con la plaza del Adelantado, Floro, el más viejo de la pareja de bueyes, no fue ya capaz de dar otro paso, detuvo la marcha, inclinó la cerviz, dobló las rodillas y quedó tendido, babeando, hasta que dejó caer la cabeza entre las cañas y se echó a morir sobre los adoquines. Nadie habría que pudiese

censurarle el excelente criterio de abandonarse allí, llegado su momento, en una calle cualquiera de La Laguna, lo más parecido que pueda hallarse sobre la torturada piel de la Tierra al preámbulo del Paraíso. Tras el primer momento de desconcierto, el boyero supo que nada podría hacer por él y se dio prisa en liberar a los animales del yugo, mientras requería, trémulo, un acto de compasión a los transeúntes:

—¡Un cubo con agua limpia, por el amor de Dios!, ¡háganme el favor!

Algunos de los presentes se apresuraron a buscarlo en direcciones opuestas. Él tuvo mejor fortuna y una puerta abierta, bajo la arcada del edificio de la central telefónica, le facilitó pedir aquel auxilio a un operario que apenas tardó unos segundos en ponerle un botijo en la mano. El

boyero refrescó la cara del animal y lo dejó que bebiera lamiendo de su mano. Floro lamió para beber, pero siguió lamiendo sin fuerzas en un desgarrador gesto de despedida.

Puso la única discordia un guardia autoritario, de ademán displicente, que voceó apartando de mala manera a los curiosos detenidos alrededor de la escena.

—Circulen, que aquí no se les da permiso para estar. Y usted —se dirigió al hombre de los bueyes increpándolo—, amarre al animal y arrástrelo con el otro fuera de la vía pública.

—Prepare el talonario de las multas —respondió él, sin dedicarle ni una mirada—. Se muere —añadió—. Juro, por lo más sagrado, que le romperé la cabeza a quien lo moleste mientras lo hace.

Un hombre mayor con aspecto distinguido le dio socorro enfrentándose al guardia:

—¡Por una vez, haga el favor de tener un poco de sentido común, hombre! ¿No ve que se pone usted fuera de lugar con estas cosas?

Se presentó entonces su compañero, Lele el Guardia, querido por todos porque tenía la actitud contraria y era el afán de servicio y la sensatez en persona. Le bastó con un par de instrucciones para dejar la situación bajo control. Pidió a un transeúnte que corriera la voz de lo que pasaba entre los conductores, para que no se impacientaran, por la radio avisó al retén de bomberos, apaciguó al compañero y tranquilizó al boyero diciéndole que atendiera sin apremio al animal.

Floro se iba yendo despacito, mirando al

hombre que lo acariciaba y que vertía las mismas lágrimas que hubiera derramado si se le estuviese muriendo un hijo.

—¡Carajo, Floro, lo bueno que tú has sido! Ni *p'a* morirme me has dado quehacer. Vete tranquilo, Floro. Vete tranquilito.

Fue breve y sin agonía. La noticia bajó por la fila de coches y, mientras todo concluía, el ámbito lagunero quedó en un silencio fúnebre, imbuido por el aire de respeto y recogimiento que nadie como esta ciudad sabe mostrar en las ocasiones que lo exigen. Sólo cuando el animal cesó la respiración y dejó su mirada de cristal detenida, el boyero le cerró los párpados, se enjugó las lágrimas y se dio a la tarea de apartarlo del centro de la calzada. Entre los curiosos, una mujer había retirado un par de rosas de un ramo que llevaba y

las depositó sobre el cuerpo del animal. Otros la imitaron, algunos incluso apeándose de los automóviles, sin que el guardia inclemente cometiera la grosería de recriminarlos por ello.

Se aliviaba la fila de coches y él permanecía atento a los que aparecían en la esquina para dejarse ver por la protagonista de su insospechada cita, para que pudiera saber que justo allí, bajo aquel arco, ya esperaba y desesperaba por ella. Apareció pronto y ambos se cruzaron miradas y gestos de complicidad. Él levantó cuatro dedos de la mano derecha y ella replicó la seña. «Cuatro», dijo mientras el coche pasaba, antes de alejarse por una calle.

Devolvió el botijo y dio las gracias al operario de la central, mientras dos bomberos, auxiliados por trabajadores del mercado municipal, cargaban

el cadáver del buey en una camioneta. El boyero lloró sin disimulo cuando se despidió, depositando sobre el cuerpo del animal el ramo de buen tamaño que alcanzó a formar la sentida y espontánea ofrenda de flores de la gente.

La plaza ya quedaba desierta y lo sucedido empezaba a ser nada más que otro episodio de contornos vagos en la memoria, mientras él aguardaba donde ella lo vio al pasar, sin terminar de creer ni de imaginar que pudiera acudir a la cita. Temía que no fuera sino un sueño, que se hubiese dejado embaucar por una fantasmagoría de brumas, porque no existía razón cabal de que unos ojos verdes tan hermosos se hubiesen detenido para mirarlo, que aquella cautivadora sonrisa pudiese haber tenido como destinatario a un ser tan imperceptible, tan innecesario y prescindible

como él se sentía, y durante los veinte minutos más largos de su vida retorció la incertidumbre, apretando, en el interior del bolsillo, la cadena de oro que ella había puesto en su mano en prenda de que iría a la cita.

Se hallaba, pese a todo, entre dos miedos enfrentados pero intensos por igual. El de que acudiera o el de que no lo hiciera. «Si viene, ¿qué harás?», se preguntaba. «¿Cómo evitarás que sepa que eres un tipo sin porvenir? No tienes ni para invitarla a un refresco. ¡Entrégale el pendiente y desaparece! ¡Cállate, hazte el favor! Si se alarga la conversación, que sea porque ella lo haya querido. Mantén la distancia, no te prodigues, que no pueda saber de tu vida y tal vez así querrá darte ocasión para una segunda tarde.»

En el interior de la central telefónica, una radio

que dejaba oír el fragor inclemente de los resultados deportivos del domingo hizo la pausa para emitir el boletín informativo de Radio Nacional de España, que dio las señales horarias de las cuatro en punto. El reloj de pulsera apenas atrasaba un minuto y aprovechó para ponerlo en hora. Nadie aparecía por la calle donde la vio alejarse. Con la mano en el bolsillo del anorak, se aferraba a la cadenita, prueba de que no era su inconsciente el que fabricaba la tormenta que bullía en su interior. «Pasa un minuto de las cuatro», pensó, «la niebla es ahora más densa y la calle está desierta». Entonces una mano se apoyó en su hombro y ella apareció delante de él, como en la ocasión anterior, tomando cuerpo en ese instante.

—Hola —le dijo jadeando y sonriendo.

Atento a una calle, no la vio acercarse por otra. Sorprendido, apenas fue capaz de responderle otro hola impreciso, porque él también necesitó tomar aliento, asegurarse de que era real. Y lo era. Más hermosa, más bonita y más mujer de lo que había soñado durante la espera. No reaccionó y otra vez tuvo que ser ella quien dijera la siguiente frase:

—¿No vas a decirme nada más que hola?

—Lo siento —alcanzó a replicar—. No creí que vinieras. Has sido muy puntual.

—He venido corriendo. Tenía miedo de que no me esperaras.

Así de fácil se mostró para él desde las primeras palabras, tan cercana que hacía que parecieran, más que amigos, novios de mucho tiempo.

—Te habría esperado —dijo él.

—¿De verdad? —preguntó y guardó silencio, pero enseguida quiso saber más—: ¿Cuánto me habrías esperado?

—Al menos hasta las cuatro y media.

—¿Sólo hasta las cuatro y media?

—Hasta las cuatro y media de la madrugada.

Ella rió con generosidad, le cogió la mano, se puso de puntillas y lo sorprendió besándolo en la mejilla, en un arranque de espontaneidad en el que, sin embargo, se notaba que debía hacer un gran esfuerzo para vencer la timidez.

—Mira que te creo —dijo deteniéndose, ahora muy seria, para observarlo—. No sé por qué, pero sé que sí, que me esperarías si te lo pidiera.

No le soltó la mano cuando caminaron hasta el único banco de la plaza lo bastante seco para sentarse. Ella pegó su cuerpo al de él, dejó la cara

sobre su hombro y volvió a besarle en la mejilla. Él supo contenerse y no tanto por el temor de precipitarse y asustarla, sino porque estaba descubriendo el placer de dejarla hacer, de que fuese ella quien derribara la indecisión, quien saltara por encima de los escollos de la formalidad y se acercara otro poco, tratándolo, de nuevo, como a aquel novio de mucho tiempo.

—¿Naciste aquí? —preguntó ella, aunque lo daba por hecho.

—Claro —respondió—. ¿Y tú, de dónde eres? No tienes acento canario.

—Ya no importa de dónde vengo. Ahora soy de aquí. Como tú. Pertenezco a esta ciudad porque ya nunca podré ser de otro sitio —dijo ella, con tanta rotundidad que él entendió que su respuesta era

más compleja y escondía algo más que el azar del nacimiento—. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, pero lo entenderé mejor si me lo explicas.

—Vine a La Laguna, a vivir con unos tíos, obligada por algo muy difícil, con mucho miedo y sin ánimo para venir. Me quedaré aquí para siempre. Pensarás que estoy loca, pero cuando aterrizaba el avión, la vi aparecer entre las nubes, por encima de varios arcoíris, y sentí que ella me daba la bienvenida, una ocasión de ser feliz. Fue una hermosa visión. Durante la noche paseé por sus calles y comprendí que es aquí donde quiero pasar lo que me quede de vida.

Como deslumbrada por sus propias palabras, le contó los últimos instantes del vuelo que la había llevado, que él escuchó fascinado, tanto por el

relato como por el modo de contarlo. En las maniobras de aproximación, a solo unos centenares de metros de altura, divisó por la ventanilla un valle entre las nubes, con tres inmensos arcoíris, y por encima de aquel valle, instantes después, apareció otro valle de un verde indescriptible, entre la montaña de la Mesa Mota y la de San Roque, y el frontispicio que forman al norte el monte de Las Mercedes y los montes de Anaga. Y en el centro de aquel océano verde aparecía como pintada la pequeña y preciosa ciudad, con sus calles rectilíneas engalanadas de luces para acoger a la noche pronta, salpicada de color, con sus campanarios y sus viejos y nobles muros empapados de misterio. Con su solo semblante, sin haber tenido tiempo de conocerla, la venerada y antigua ciudad de La Laguna hizo

correr por su cuerpo el aliento de la vida, aquel trago de esperanza en un momento difícil que ella dijo necesitar.

Era delgada, de manos largas y suaves, de piel limpia, de huesos fuertes; la cabellera, de fino y suave pelo de color castaño claro, le caía sobre los hombros y enmarcaba la serena belleza del rostro, que se iluminaba en cada gesto con la luz de sus ojos verdes. Parecía muy firme en las ideas, era ágil en el discurso, elegante en los modos, delicada en la gesticulación y contenida en las formas por aquel férreo sentimiento de timidez que, pese a todo, no conseguía hacerle enmudecer los sentimientos que llevaba a flor de piel.

Oyéndola, tuvo la certidumbre definitiva de que era el destino quien la había llevado hasta él, porque nadie debía existir que pudiera entenderla

mejor, y es que, en secreto, habría dicho que con vergüenza, puesto que sospechaba que semejante debilidad era un feo vicio, tenía la afición inconfesable de echarse a caminar, incluso dejándose empapar por la lluvia, para llegar a cualquier lugar donde lo llevaran los auspicios de arcoíris.

Quiso volver ella al juego de descubrir lo que él sentía:

—¿Es verdad que me esperarías?

—Claro que te esperaría. Al menos hasta las cuatro y media de la madrugada —respondió él, y calló antes de concluir—: Todas las madrugadas de mi vida.

Ella le pagó con creces. Le echó los brazos sobre los hombros, lo besó en el cuello y se acurrucó en él.

—¡Es muy bonito! Y sin conocerme —dijo.

Incapaz de decir una palabra o hacer un gesto que rompiera el instante, la besó por vez primera, ruborizado, con delicadeza y sólo en la mejilla, y sintió que los huesos se le hacían de gelatina. No parecía concebible, ni imaginable siquiera, que tan sólo una hora antes ninguno supiera de la existencia del otro, y estuvieran ahora allí, hechizados, ella y él, con la inocencia y el fuego de los diecinueve años de cada uno, decididos a no consentir una mácula de duda que empañara la transparencia de aquella hora mágica. En el frenesí de las emociones, ella debía hacer un esfuerzo para vencerse en cada paso, pero emergía de la batalla triunfante, espontánea, resplandeciendo en la brisa de la victoria, en tanto que él, embobado, retrocedía con cada uno de sus avances, incapaz

de reaccionar a tiempo, lo que obligaba a que fuese ella quien diera el siguiente paso, con el que volvería a dejarlo paralizado, hecho una piedra de hielo por fuera pero con el corazón incinerado por dentro.

—¿Te has dado cuenta? Se ha ido la niebla y ha salido el sol —señaló ella.

—Así es tu ciudad. La Laguna es muy temperamental. Cambia en un segundo —respondió él.

—Mi ciudad... ¡Qué bonito oírtelo decir! Enséñamela —le pidió propuso, poniéndose en pie y tirando de su mano.

—¿Por dónde quieres ir?

—Sin rumbo, donde nos lleve.

Lo que estuvo a punto de suceder en la puerta del palacio de Nava, lo que de nuevo casi sucede

en la reja del casino y de puro milagro no ocurrió, a la vista de todos, en el portalón de una vieja fábrica de tabacos, sucedió por fin en la calle del convento de las Claras. Ella se puso frente a él, lo empujó y lo dejó, atrapado contra la puerta, abrazada a su cintura, mirándolo muy seria, acercándole la boca. Hasta la esquina de la calle se besaron cinco veces, y otra vez antes de la siguiente esquina, pero fueron capaces de tomar aliento por la calle San Agustín, hasta la que fue casa de los Jesuitas, Universidad de San Fernando y sede del Archivo Histórico. En su zaguán enorme ella encontró diversión en la travesura de mitigar con el desafuero de amor la grave pompa de tantos siglos de historia adormecidos en los muros, y quiso repetirlo bajo el pórtico del palacio de

Salazar, donde tiró de él, riendo divertida, para arrastrarlo hasta la rejería del patio interior.

—Ten cuidado —advirtió él—, esta casa es el palacio episcopal, ofenderemos al clero.

—¡Qué sabrá el clero de amor! —dijo, y continuó besándolo con mayor afán.

Más allá, en otro zaguán cualquiera, rompieron la taramela de una puerta con la agitación de los besos y caminaron avergonzados, imponiéndose sensatez, y al paso por el Hospital de Dolores y frente a las ruinas de la iglesia quemada, fueron capaces de mantener una conducta irreprochable y llegar al patio del convento de San Agustín sin causarse más atropellos. Allí, entre arrumaco y arrumaco, él le explicó que el edificio había sido instituto de enseñanza secundaria desde tiempo inmemorial y que fue el lugar donde estudiaron las

más grandes personalidades de la vida cultural de las islas.

—¿Tú has estudiado aquí? —preguntó ella.

—Durante dos cursos —respondió él, empezando a comprender que se adentraba en terreno pantanoso—. Hace algunos años. Me gusta saber, pero tengo que trabajar.

Ella desistió de hacer nuevas preguntas, y él pensó que tampoco deseaba ser preguntada sobre cuestiones de su vida. Continuaron abrazados, caminando pegados uno al otro, sin hablar, dándose piquitos, y entraron a la iglesia de la Concepción para ver las tallas barrocas del púlpito, y al salir bajaron por la calle Herradores, se besaron en un portal bajo la balconada de Casabuena, y unos metros más abajo, el callejón desierto fue una tentación irresistible y se

adentraron por él, muy enteros y modosos, cogidos de la mano, y salieron por la calle La Carrera, cinco minutos después, con el semblante de tan formales y modosos traicionado por el aspecto de contendientes que hubiesen atravesado el territorio de la devastación, con la ropa arrugada, desgredados y arrebatados de amor. Ronronearon en el zaguán del hotel Agure y mientras contemplaban los portales enormes en la fachada del teatro Leal, volvieron a caer en el desorden y a disiparse por la calle Capitán Brotons, hasta el estanque de los patos en la plaza de la Catedral.

El cortejo de una pareja de patos añadió más color a su tarde, «cuá cuá cuá cuá», el macho tras la hembra que parece rehuirlo, pero se dan la vuelta y ahora es ella la que lo persigue, «cuá cuá

cuá cuá». Rieron y bromearon porque la situación era réplica exacta de la suya. La pareja de patos remedaba con una caricatura el mismo juego que ellos, porque las facilidades que ella le daba él debía ganárselas. En el fragor de la batalla, ella le impedía llegar donde intentaba, interponía la mano en la caricia si él rebasaba cierto umbral, se le escurría, cruzaba el antebrazo sobre los pechos, cerraba las rodillas, lo interceptaba con la cadera, hurtaba la boca, escondía el cuello. Reía, reprobando todos los empeños, y cuando había vencido y él desistía, lo retenía, lo consolaba con los besos y volvía a sublevarlo con las caricias, en el círculo de descubrimiento del más bonito y antiguo tira y afloja: ahora no, pero ahora sí, contigo no, pero de ninguna manera sin ti.

—¿Ves? —observó ella—, es la primavera, que

está al caer. A estos dos les pasa como a nosotros.

—Entonces, son felices —afirmó él.

—¿Eres feliz? —se apresuró a preguntar ella.

—Esta tarde sí. ¿Y tú?

—Estoy aquí, en La Laguna, te he conocido. Soy muy feliz.

Continuaron el paseo por una acera en la que una mujer muy mayor caminaba con dificultad apoyándose en el bastón.

—Te apuesto a que el guardia que está en la esquina detendrá el tráfico para que cruce la señora —dijo él, aunque lo de apostar sólo era una forma de hablar.

—Acepto la apuesta, pero ¿qué nos jugamos?

—Si ganas tú, me portaré mejor; si gano yo, me dejarás que vaya un poquito más lejos.

—¡Qué bien! ¡Querré perder! —dijo riendo con

regocijo, y aclaró después—: Estoy muy locuela, es por tu culpa.

Ganaron los dos: el guardia de la esquina caminó quince o veinte metros y paró el tráfico todo el tiempo que la mujer necesitó para cruzar a la otra acera.

En una ciudad universitaria era caso de rigor que un paseo como el suyo tuviese un episodio en el césped del campus, donde llegaron cogidos de la mano a un recodo bajo los árboles, en un lateral del pórtico del rectorado, donde la pasión, contra lo esperado, encontró sosiego y los besos tuvieron menos apremio aunque las caricias fueran más intensas, de más amor y descubrimiento que de pasión. Ella exploró el cuerpo de él, primero acariciándole el pelo, entrelazando los dedos en su cabello, después dibujando su rostro, con la yema

de los dedos por las cejas, la nariz y la barbilla, y siguiendo el contorno de los labios. Luego quiso verle el torso y le desabrochó la camisa para introducir la mano y acariciarlo, y desabrochó otros dos botones para besarlos. Continuó analizándolo y cuando quiso detenerse en sus manos, ásperas, agrietadas y llenas de durezas, él intentó ocultarlas.

—Por favor, déjame verlas.

Él se las mostró un tanto incómodo en el primer instante.

—¿Trabajas mucho? —preguntó ella, aunque parecía una afirmación.

—Tengo que hacerlo —respondió él, y puso algo en el tono de su voz que ella intuyó como una disculpa.

Se tomó tiempo para meditar unas frases, que

pronunció con dulzura pero con rotundidad:

—Me gustan mucho tus manos. Si sólo tuviera una tarde para amar a un hombre y pudiera elegirlo, me gustaría que no hubiera conocido a una chica, y yo querría que él le hubiera entregado todas sus monedas a dos hermanos pequeños, para tener la oportunidad de conocerlo, y querría que hubiera ayudado a cargar un bulto a una señora mayor, y desearía que tuviese unas manos con tantas cicatrices como tú tienes en las tuyas. Tú quizás no lo veas, pero yo sí lo veo; tienes las manos llenas de honradez y valor. Por eso me gustan tanto tus manos.

Y se las llevó a la boca para besarle las palmas.

—Estoy muy orgullosa de estar contigo esta tarde —dijo para concluir, y tendió su cuerpo sobre el de él.

—¿Me habías visto antes?

—Te vi cuando estabas en la taquilla del cine y me pareció muy bonito lo que hiciste. ¿Los niños son tus hermanos?

—Sí, son hermanos pequeños.

Ella estuvo tendida sobre él, en silencio, para no romper la belleza de aquel momento irrepetible.

—Ahora hay niebla y ha empezado a lloviznar —dijo él—. ¿Quieres ver el valle donde nacen los arcoíris?

Respondiendo a su pregunta, ella se puso en pie de un salto y tiró de él, lo rodeó por la cintura, lo besó y caminaron como aquellos novios que ya eran. Bajaron por la antigua carretera y se adentraron unos cientos de metros por el camino de la Hornera, un ancho sendero de tierra entre

huertas abandonadas. Escondido en el fondo, en medio de otra huerta abandonada, un cuarto de aperos donde se guardaban herramientas de albañilería tenía un banco, improvisado con gruesos tablones de obra, bajo una hermosa palmera canaria. Era el lugar de preferencia donde él solía ir a contemplar arcoíris, y pudo explicarle que cuando el viento que baja de las montañas acarrea humedad, las nubes se condensan y se elevan a medio kilómetro por debajo de donde se encontraban, formando enormes y bellísimos arcoíris si el sol incidía sobre ellas.

—Allí es donde viste tus arcoíris cuando aterrizaba el avión.

—¿Los veremos hoy?

—Es tiempo de brumas, tal vez los veamos,

pero si algo puede decirse de los arcoíris es que nunca aparecen cuando uno los busca.

Desde el primer minuto que estuvo junto a ella pensaba que aquellas horas serían las primeras y las últimas que pasarían juntos. Una mujer joven, de familia rica, bonita y bien educada, tendría detrás de ella a un montón de pretendientes con la vida resuelta de antemano, en tanto que él nada podía ofrecerle, como no fuesen unas horas intrascendentes para llevarla a descubrir aquel valle de los arcoíris. Adivinaba cerca la presencia de la desventura, dispuesta a cobrarse unas pocas horas de dicha con un daño cruel, y no habría daño más cruel que el de mostrársela durante unas horas para arrebatársela a continuación y hacerle pagar aquel breve y dulce intervalo con un regusto de

amargura que le duraría toda la vida. Ella le adivinó el pensamiento.

—No me has preguntado si volveremos a vernos —le dijo.

—Sé que dirás que no. Y tengo miedo de oírlo.

—¿Y por qué lo crees?

—No me has dicho quién eres y tampoco me has preguntado, así que no creo que volvamos a vernos.

—¿Y lo entenderías?

—Sí, lo entendería. Lo entiendo ya. Pero sigue dándome miedo.

—¿Me odiarás por ello?

—Estás haciendo que ésta sea la tarde más bonita que he vivido. Te habrás dado cuenta de que eres la primera mujer que me ha besado. Nunca

podré odiarte, y ya sé que tampoco podré dejar de recordarte.

—Entonces, intentemos que siga siendo como ha sido. Para mí tampoco será posible dejar de recordarte durante todas las horas de todos los días de mi vida.

—Siendo así, dime por qué no volveremos a vernos.

—No puedo decírtelo. Se estropearía todo. A las nueve de la noche debo estar en casa para la cena, y tendremos que despedirnos. Sufriré porque sé que nunca más volveré a verte. Si quieres lo dejamos aquí, pero, también si quieres, nos quedan unas horas para vivir nuestra tarde. Te lo daré todo para hacer que nos importe, y sólo te pediré que no haya tristeza ni congoja y podamos recordarla

como ha sido hasta ahora, feliz y la mejor de nuestras vidas.

Él asintió y fue capaz de cumplir lo que ella le pedía ocultando el socavón de tristeza que las palabras le dejaron. Ella se puso en pie y lo besó con especial ternura.

Él creyó que haberle dicho que se lo daría todo para hacer que lo de ellos fuese importante no era más que una frase sin otra intención, pero ella lo hizo estirarse sobre las tablas y se tendió sobre él, le desabrochó la camisa, desabrochó su blusa y dejó que sus pechos le acariciaran el torso desnudo, para demostrarle que había expresado la literalidad exacta de lo que quiso decir. No tenían más experiencia en amores que la que descubrían juntos y, para bien, necesitaron mucho tiempo de caricias, de ternuras y besos que disolvieran la

suma de sus miedos. Lo consiguieron y una vez que superaron la cima por primera vez, más serenos y adultos, lo repitieron otras dos veces, y en todas las ocasiones ella lo retuvo en el instante de la culminación.

Terminaron extenuados, cada uno con el pensamiento abstraído en lo que tal vez el otro podría estar pensando, impávidos, dejando que las caricias proclamaran lo que callaban con las palabras. La tarde languidecía, el sol caía por el oeste y la llovizna arrastrada por la brisa del norte obró el prodigio delante de ellos, con un inesperado destello de sol que hizo aparecer, donde él había predicho, dos arcoíris espléndidos y, minutos después, un tercero, tan cercano que hubieran creído poder acariciarlo al extender el brazo.

—Tus arcoíris han venido a saludarte.

Lo dijo persuadido de que era cierto. Ella también lo creyó y lloró de emoción y parecía que de agradecimiento.

Caminaron abrazados, con las ansias apaciguadas y el amor reposado, sin hablarse, para evitar que se les escapara el momento. Menos de media hora pudieron permanecer sentados en el banco donde todo comenzó, meditando lo sucedido en aquellas horas de amor y pasión. Llegó el momento de partir y caminaron de nuevo, ahora intentando cumplir la promesa de contener cualquier ahogo, cualquier gesto de tristeza que pudiese ensombrecer el epílogo de una tarde que habría de ser la más eterna de sus vidas. Ninguno de los dos fue capaz de cumplir la promesa. Al acercarse la hora de la despedida, ella no pudo

contener una lágrima, ni la siguiente, ni ninguna otra. A las nueve menos diez, él, que habría querido poder llorar, tuvo que ser más fuerte para ayudarla a cumplir la condición que ella misma había impuesto para aquel adiós sin vuelta atrás. A las nueve menos seis minutos, se aferró a él, llorando sin consuelo, y él también dejó caer unas lágrimas, pero mantuvo la entereza al cogerle la cara entre las manos para besarla con largura. Le arregló la ropa, le ordenó el cabello y enjugó su llanto. Y ella, por un instante, también tuvo entereza y consiguió contenerse.

—Te esperaré hasta las cuatro y media de todas las madrugadas de mi vida —le dijo para despedirla.

Ella volvió a deshacerse en llanto y él se lo enjugó de nuevo. Ahora ella respiró hondo y

encontró fuerza, lo besó, le acarició la cara, caminó unos pasos, se dio la vuelta, le sonrió, le tiró un beso y desapareció en la niebla, cuando faltaban cuatro minutos para las nueve.

Durante los meses siguientes, todas las tardes que le fue posible, entre las cuatro y las cuatro y media, él acudió al arco del edificio de la central telefónica donde la esperó el primer día. Nunca volvió a verla.

Ingresó poco después, con otros miles de muchachos, para cumplir el servicio militar, del que las autoridades militares lo licenciaron al cabo de un año y medio, abandonado, en cueros, en la calle, sin empleo ni porvenir. No encontró otra ocupación que la que nadie quería a pesar de lo bien pagada, por dura y peligrosa, en el suplicio de los barcos de pesca del banco canario

sahariano. Pasó de un armador a otro y terminó en los barcos de una compañía noruega, que le facilitó hacerse patrón y llegar a primer oficial de un buque factoría. Sacó adelante a los hermanos y nunca tuvo relación estable con ninguna mujer, aunque se casó con una noruega con la que tuvo un hijo, a los que pudo darles una vida más que cómoda y que veía unos pocos meses al año, pero que nunca lo echaron en falta en sus larguísimas ausencias de trabajo porque nunca llegaron a quererlo.

A su regreso a La Laguna, la ciudad había cambiado mucho, no siempre para bien, y las huertas abandonadas del camino de la Hornera habían desaparecido bajo los edificios y jardines del campus universitario de Guajara. En algún lugar cerca de la facultad de Económicas estuvo

situado aquel cuarto de aperos de su encuentro. Sin la menor esperanza de poder hallarla, en sus continuos paseos por La Laguna, buscaba en todos los rostros a la que nunca pudo ni quiso olvidar. No renunciaba a encontrarla, porque de sobra conocía que la ciudad, pese a su pequeñez, es habitada por un sinfín de mundos, que han conseguido convivir siempre en impecable armonía por el método de compartir el mismo espacio en esferas de tiempo distintas.

En un acto ritual, comenzaba el paseo de la tarde a las cuatro en punto, en la plaza del Adelantado, bajo el arco donde se vieron por primera y última vez, y echaba a caminar por los lugares que supieron de su amor. Dentro de una cajita que mandó hacer a un joyero de Rotterdam, aún llevaba en el bolsillo el pendiente de oro que

a ella se le cayó de los dedos, y que, como el primer día, mantenía en el puño, con la mano dentro del bolsillo, y continuaba siendo la única señal de que ella fue real y no una fabulación de su inconsciente.

Una noche, hace algunos meses, se despertó sobresaltado. Encendió la luz, se puso un abrigo sobre el pijama, cogió una bufanda, las llaves y la cartera, y salió de la casa en pantuflas, con el pelo revuelto. Caminó por varias calles y llegó a la plaza del Adelantado, pasados veinte minutos de las cuatro de la madrugada. Demudado, en el mismo banco al que ella lo llevó de la mano, esperó a que fuesen las cuatro y media, trastornado por lo que acababa de saber, y se fue después por el rumbo que siguió con ella, caminando con dificultad por el desconcierto de los pasos con las

pantufas, con el pelo enmarañado, con la gabardina desabrochada mostrando el pijama, deteniéndose en cada metro cuadrado en que lo hicieron aquella tarde eterna de la memoria, para alargar los brazos y acariciar, en éxtasis, las puertas y las paredes que fueron testigos de sus besos. Con esa apariencia de enajenado lo encontró un taxista junto al estanque de los patos, en la plaza de la Catedral, y se detuvo para preguntarle si se encontraba bien. Sin salir del sopor, él acertó a responder que sí, que muy bien, pero que hiciera el favor de llevarlo al edificio del antiguo rectorado universitario.

El hombre del taxi lo llevó y esperó, mientras él se adentraba lo más cerca que pudo del lugar preciso donde ella le habló de sus manos. Tardó en regresar al coche y pidió ir a la facultad de

Económicas. Las rejas cerradas le impedían el acceso y se sentó en un banco para invocar a la memoria el mejor momento de su vida, el de las veces que se entregó a ella, muy cerca de donde ahora se encontraba.

Lo había cegado el equívoco, la convicción de que ella nada más quiso porque nada podía esperar de él, de aquel tipo sin porvenir, aquel caso perdido para sí mismo, un ensoñador sin remedio, un buscador de quimeras, un loco perseguidor de arcoíris que no tenía para ella más que las caricias abrasivas de unas manos encallecidas y llenas de mataduras, y quizás también llenas de honradez y valor, como ella le dijo, pero que no eran sino unas manos vacías. Unas manos buenas para besarlas con compasión una tarde y decirles adiós para siempre.

Sin embargo, nada de aquello era cierto. Lo que esa noche le interrumpió el sueño fue la verdad. La que ella le había dicho de muchas maneras distintas y que él había tardado cuarenta y tantos años en comprender. Ella se la decía al contarle, con el miedo en la mirada, el episodio en que llegó a la ciudad sin esperanzas, con todo perdido, pero al descubrirla quiso creer que había llegado al paraíso sin haberse muerto todavía y supo que aún podría tener unos últimos meses de felicidad. Se la dijo cuando le confesó que viviría allí todo lo que le quedara de vida, como se lo dijo al prometerle que lo recordaría todas las horas de todos los días de su vida, y se la dijo al echarse en sus brazos desde el primer instante, con desesperación para no marcharse sin haber amado y sin que la hubieran amado, y donde más nítida se

oyó la voz de su verdad fue cuando le dijo que si tuviera un solo día para amar a un hombre, lo habría elegido sin experiencia en amores y con las manos llenas de heridas y cicatrices, para asegurarse de que mereciera todo lo que estaba dispuesta a entregarle, el amor de toda su vida en un solo sorbo, de una sola vez y con todas las consecuencias, pues lo que nunca podría darle era lo que tampoco tendría para sí misma: otra tarde más.

Así que ella permanece como siempre lo estuvo, ligada a él, que en su alma ha fundido dos amores en uno solo, y cuando recorre las viejas calles de La Laguna, la percibe en todos sus espacios, oye el eco cristalino de su voz en los recintos que venera desde niño, la siente en el éter que llena los rincones amados, y nunca ha dejado de ver en el

tornasol de los atardeceres sobre el valle el
arrebol de sus mejillas, ni ha dejado de ver en el
color de la vega lagunera el remanso de paz de sus
ojos verdes. La presiente allí, habitante de aquel
lugar sobre el arcoíris que ella tanto amaba, y
piensa entonces que la ciudad le habrá contado,
porque sólo su ciudad y él lo saben, cuánto la amó
durante las cuatro horas y cincuenta y cinco
minutos que en esta vida le fue dado poder amarla.

Miguel de León nació a finales de 1956 en La Laguna, Tenerife. Se crió en el seno de una familia muy humilde, en Valle de Guerra, una zona rural del municipio de La Laguna, a cuya ciudad se trasladó a vivir con diez años, cuando comenzó la enseñanza secundaria. Mayor de seis hermanos, tuvo que ayudar desde niño a sacar a los pequeños adelante. Repartió periódicos, trabajó en una procuraduría y fue aprendiz administrativo en unas oficinas mientras estudiaba el bachiller con los adultos del turno de noche. Con quince años, sin haber terminado del todo el último curso de bachillerato, tuvo que desistir de la asistencia a las clases. Fue peón albañil, freganchín y pinche de cocina, camarero, ferrallista, operador de guillotina y foto montador en una litografía y, por último, administrativo en una empresa

importadora, hasta el ingreso en el servicio militar. A su término, fue vigilante jurado y se hizo programador informático estudiando por su cuenta. Trabajó como programador y analista informático y fue gestor comercial en una importante empresa nacional de la que salió en 1991 para establecer una pequeña empresa de la que ha vivido hasta hoy.

Edición en formato digital: marzo de 2016

© 2016, Miguel de León

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Thinkstockphotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01772-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Un lugar sobre el arcoiris

Sobre el autor

Créditos